

LA TABERNA DE AZUELO



La taberna de Azuelo, como en todos los pequeños pueblos, ha sido desde tiempo inmemorial centro social y lugar de reunión de los hombres del pueblo, juntamente con la herrería y la peluquería, que en Azuelo también era carpintería. El lavadero, el horno del pan y la entrada de alguna casa, donde jugaban a la brisca, lo eran de las mujeres. La iglesia lo era de todos; eso sí, las mujeres delante y los hombres atrás.

Todas las noches, los labradores cuando ya habían terminado sus labores y regresaban del campo se acercaban hasta la taberna. Allí se hablaba de todo lo hablado y por hablar. Eso sí, siempre a contrapelo. Cuando nevaba,



todos segaban mucho; en verano, su yugada era la que más labraba del pueblo. Los mozos tenían otras conversaciones, su tema central, como es lógico, eran las mozas.

El alma de la taberna era la tabernera, ya que el tabernero se convertía muy a menudo en cliente, más que patrón, y ocupaba una silla para echar una



partida al mus o para merendar con los amigos. Las taberneras eran el periódico de la localidad. Todas las noticias y chascarrillos llegaban a sus oídos. Practicaban la censura; su código de honor, a veces, las convertía en cómplices de las barrabasadas y chanzas de las cuadrillas que alardeaban de ellas y las contaban como si de una competición se tratase. Es que por aquellos tiempos



las diversiones eran otras muy diferentes a las de ahora y no todo lo que se decía en la taberna era publicable.

Las últimas taberneras de Azuelo fueron Asun (Asunción López Osés) y Mari (María Acedo Merino). Sí, en Azuelo hubo dos tabernas, dos tiendas, una carnicería, dos hornos de pan, una peluquería de hombres, dos sucursales bancarias, carpintería, herrería y un gran molino de agua con su enorme pozo que ahora está en ruinas. Ahora de todos estos servicios



sólo queda el local de la Asociación Santa Engracia, que hasta 1965 fue escuela. La Asociación se fundó en 1975 cuando Mari cerró su taberna antes de emigrar a Bilbao y el pueblo se quedó sin servicio donde hacer vida social. Hoy, Asun y Mari nos podrían contar anécdotas de lo que allí oyeron y vieron sirviendo vino y patorrillo.

Las tabernas constaban de un local para el mostrador y otro para la sala de juego o meriendas, que cuando los clientes eran pocos hacía de sala la cocina de la casa; a veces estas dependencias estaban en diferentes pisos lo que da lugar a

afirmas que en Azuelo se inventó el autoservicio. Cuando entraban algunos clientes al mostrador, situado en la planta baja, llamaban a gritos a la tabernera para que bajase a echarles un vaso de vino. La tabernera, ocupada con las tareas de la casa, les contestaba que entrasen ellos al mostrador y se sirviesen los vinos. Al cabo de



un rato, cuando los clientes se marchaban, le volvían a gritar diciéndole que sobre el mostrador le dejaban el duro, y la tabernera asentía con otro grito desde arriba de la casa. En invierno era común que los clientes según iban llegando, se fuesen sentando en la cocina de la taberna; allí permanecían hablando y a veces jugando a las cartas hasta que la familia de la tabernera tenía que comer o cenar, o los clientes ya no cabían en ella. Era entonces cuando pasaban a la sala y la tabernera les encendía la estufa de butano.

La familiaridad entre tabernera y clientes era grande. En las largas veladas de invierno, cuando al día siguiente no había que madrugar porque el tiempo impedía salir de casa, la tabernera y su familia se retiraban a dormir y los clientes se quedaban solos en la sala o en el mostrador hasta que se iban a dormir. Eso sí, les cerraban la puerta y les echaban la llave por la gatera, y al día siguiente liquidaban el gasto que habían hecho.



El día 27 de marzo de 2004 la Asociación Santa Engracia celebrando el Día de la Mujer de Azuelo homenajeó a las dos últimas taberneras, Asun y Mari, estas dos mujeres que además de atender a la casa, hijos y demás, de ayudar a sus maridos en las labores del campo y atender a los animales domésticos, como mujeres de labradores, tenían como trabajo extra, el de tabernera.

Pedro San Emeterio